

Caracas: laboratorio de las mutaciones*

Gustavo Valle

A Carlos Valle

*Yo no juzgo a Caracas eterna como el agua y el aire
Habrá que preguntarle a las palomas de la plaza Bolívar
a los facundos limpiabotas de las torres de El Silencio
a los taxistas acalorados en las cabinas de los Dodge Darts
a los buhoneros, a los prósperos diputados que salen del Capitolio al mediodía
rumbo a los restaurantes, a las amas de casa que regresan de las compras
y han oído en la radio noticias tremendistas.
Habrá que preguntarle a estas personas si Caracas es una ciudad o es sólo paisaje
La puesta en escena de un poema del siglo XIX
donde sultanes, odaliscas, alfombras, turbantes, rubíes
juegan bajo los techos de un harem extravagante
metido a mil metros de altura frente al mar Caribe.*

*Habrá que preguntarle a los ancianos
que ejercitan su memoria en los bancos de la plaza
a los chicheros que baten su caldo con canela
a los perros callejeros que musicalizan las noches del revólver
a los zamurros que sobrevuelan en círculos todas las tardes
y dibujan sobre nuestras cabezas gigantescos sombreros taciturnos.
Habrá que preguntarles a todos ellos si Caracas es una ciudad
O solamente una idea.*

Si tuviese que escoger un lugar representativo de mi ciudad yo escogería la confortable butaca de un automóvil que viajase a 100 km. por hora a lo largo de la avenida Boyacá, mejor conocida como «Cota Mil». Serpiente de asfalto que recorre la ciudad de Este a Oeste siguiendo las curvas del cerro Ávila, desde una altura que permite observar el valle longitudinal que forma el río Guaire, la Cota Mil es un espacio privilegiado de contemplación urbana sólo posible desde la cabina veloz de los automóviles. Desde

* Este texto no hubiese podido ser escrito sin el auxilio de las lecturas de dos indispensables pensadores de la ciudad de Caracas: Federico Vegas y William Niño Araque.

este mirador nómada puedo conformar un primer mapa de Caracas que parece resistirse a toda cartografía pues su crecimiento desborda el valle que la contiene y trepa sin descanso los cerros que ya no son cerros sino montañas de diminutas y miserables lucecitas. Y es que al ir de este a oeste, de Petare a la Pastora, observo nuevamente las drásticas diferencias arquitectónicas, la diversidad de diseños urbanos, los múltiples testimonios de nuestra visión caribeña de la democracia, donde los malabarismos urbanísticos y las injusticias sociales y económicas han generado mixturas desquiciantes: la mansión del diplomático junto a gigantescas vallas publicitarias; un bosque de antenas parabólicas sobre los techos de las casitas de zinc; los restos de un solar colonial justo al lado de una torre de 30 o 40 plantas. Nuestra práctica mestiza ha hecho posible esto bajo la fórmula de una filosofía de lo híbrido, donde el valor se afina en todo ejercicio de tolerancia, incluida la tolerancia a la miseria.

De Petare a La Pastora, como decía una canción de Ilan Chéster, desde un emplazamiento peligroso hasta otro emplazamiento peligroso, pero también desde un sobreviviente de la arquitectura colonial hasta otro sobreviviente de lo que queda de una arquitectura colonial. Entre un extremo y otro, veo mi ciudad salpicada de verde, porque entre los rascacielos, parabólicas y ranchitos aún aparece el color verde guacamayo de los centenarios jabillos y caobos y mangos, y todavía, con un poco de imaginación, puedo confundirla con una Anadiómena algo despeinada nacida esta vez de la tierra, brotada de las entrañas de la selva, para ofrecer un paisaje parecido al que debió haber tenido frente a sí el explorador Stephens cuando vio Uxmal metida entre los helechos y confundida con las múltiples raíces de Yucatán. En medio este paisaje selvático se han levantado autopistas vertiginosas que atraviesan la ciudad como si fuese una férula o un espinazo de asfalto. Siguiendo el curso del río Guaire, la autopista corta la ciudad en dos, ofreciendo una *rive gauche* y una *rive droite* que nunca han debido separarse, porque el río Guaire es un riachuelo de historia desafortunada que bañaba las vegas cafeteras del valle y donde se practicaba la natación a la sombra de los sauces hacia el siglo XIX. El río Guaire –sin ser el Támesis o el Sena sino poco más que el hermano gemelo del esmirriado Manzanares– es, junto al cerro Ávila, la esencia y el principio de la ciudad de Caracas, no sólo porque en sus aguas se deslizan los secretos caraqueños en forma de detritus generosos, sino porque su ancianidad se confunde con la edad geológica del valle del pleistoceno, que no era otra cosa que un gigantesco lago, donde apenas asomaba sobre las aguas el morro del actual Jardín Botánico, especie de *Lost Paradise* contemporáneo, amenazado hoy en día por la cercanía de los barrios más calientes. Así, la gigantesca Cara-

cas de 6 millones de habitantes se hace hoy material de sueño cuando remonto la cuesta hacia el tiempo en que los osos de hocico corto y las dantas y los megaterios debieron bajar de las cumbres del cerro para protegerse de las terribles glaciaciones e ir a morir, quizás después de una devastadora acción sísmica, en lo que hoy es El Silencio, El Paraíso, Chacao o la Pastora¹.

En el principio fue El Silencio. Después de las «trasnochadas» practicadas por García González de Silva, esbirro de Diego de Losada, fundador de Caracas en 1567, que no eran otra cosa que la limpieza étnica de los indígenas que habitaban el valle de Caracas y sus alrededores; después de la peste de viruelas de 1580, que diezmó el resto de la población indígena que quedaba y en vista de que no hubo ningún interés por parte de los nuevos dueños del valle de rescatar y traducir la lengua de estos aborígenes, el valle de Caracas, llamado inicialmente valle de San Francisco por Juan Rodríguez Suárez, quedó completamente en silencio. Las carambolas de la toponimia no tienen límites y hoy en día El Silencio es una de las zonas de Caracas más estrafalariamente bulliciosas, donde confluyen por igual el ama de casa, la pandilla de escolares, el buhonero nómada, el vendedor de mangos y limones, los malandros al acecho, mientras las calles saturadas de microbuses y motorizados febriles ambientan el aire con la generosidad de sus tubos de escape. Especie de *zoco* magrebí donde todo está en venta y todo es posible, donde el ladrón y el policía se entretienen a diario en su carrusel de máscaras intercambiables y donde se palpa la acción misma de la ciudad, con sus tropelías apasionantes, sus prisas, sus astutas ilegalidades, su sensualidad grotesca, El Silencio es el lugar de la contaminación más activa, donde a diario se establecen los malabares del mestizaje y donde la ciudad, en su afán por multiplicarse a sí misma y ser, al fin y al cabo, algo distinto a lo que es, invade las fronteras de lo teratológico y viene a constituirse en un monstruo. Un monstruo mutante.

En el principio fue El Silencio. Las prostitutas que taconeán bajo los portales de los hotelitos sospechosos; las calles estrechas donde el pistolero ensaya a diario su deporte favorito; la basura que se acumula en las aceras como señal del infortunio... Esto era El Silencio hacia inicios de los años 40, antes de que el arquitecto y urbanista Carlos Raúl Villanueva, cual Barón Haussman del Caribe, echara abajo estos cuarteles de la inmundicia y practicara sobre sus ruinas el sueño de una ciudad racional y proyectada,

¹ Aunque cuenta con muchos simpatizantes, la teoría acerca de las glaciaciones en el cerro Ávila no ha sido totalmente confirmada. Ver: El Ávila. Radiografía de una montaña, Bruno Manara. Monte Ávila editores, Caracas, 1998.

planificada y moderna. No es el momento para juzgar la decisión de Villanueva quien, bajo la bandera del progreso y bajo el influjo de la tradición racionalista, juzgó oportuno el sacrificio de cierta memoria marginada, para abrir paso al orden y la disciplina. Siguiendo las directrices de Descartes que ordenaba la destrucción de la ciudad antigua como paso necesario para el levantamiento de la nueva urbe², Villanueva trazó sobre El Silencio antiguo, El Silencio moderno. Donde hubo callejuelas colocó grandes ejes viales; donde proliferaba el trapicheo levantó galerías para el comercio; donde el azar había diseñado a su gusto edificaciones diversas y mezcolanzas varias, la razón vino a imponer su modelo civilizatorio en forma de calculada promesa. El resultado fue un conjunto de siete bloques de edificios de baja estatura e influencia colonial que ofrecen al viandante espaciosos soportales sostenidos por columnas bubleiformes, donde el comercio exhibe sus vitrinas para hacer del consumo un sucedáneo del paseo. Todo organizado alrededor de la formidable «Plaza O’Leary», donde la fuente del escultor Francisco Narváez refresca con sus toninas de piedra un paisaje urbano donde los edificios de Villanueva se integran a los tonos verdes del Ávila y de los chaguaramos, para intentar así un puente entre la modernidad racional y el pasado estético. Este nuevo orden urbano, inaugurado a finales de los años 40, permitió soñar con una Caracas moderna, única, orgullosa de su pasado, integrada a su espacio natural, a su tropicalidad. La década siguiente, el modernismo de los años 50, fue la época dorada del urbanismo y la arquitectura caraqueña donde estas premisas alcanzaron su mayor expresión. Fueron años de sensibilización hacia lo urbano, de articulación imaginativa y lúdica entre el paisaje del valle y la ciudad en construcción. Los años sesenta –que coinciden, paradójicamente, con la llegada de la democracia– son los años en que este proyecto de ciudad pierde el norte e inicia su deterioro hasta nuestros días.

Caracas comienza en El Silencio y termina en el bullicio, que es lo mismo que decir: Caracas es una gigantesca caja de resonancias. Si ensayamos la musicalización de la ciudad como si se tratase de una puesta en escena, deberíamos incluir en nuestro intento los bocinazos del taxi, los alaridos de la víctima, o el sonido seco y aspirado de un revólver en acción. Esto sin olvidar el radio-cassette a todo volumen del microbús (o camioneta) abarrotado, o el sonsonete mántrico de los perseverantes buhoneros.

² El discurso del Método, *Descartes. Edicomunicación. Barcelona, 1994, p. 45.* «...nos daremos cuenta –dice Descartes– de la dificultad que hay para hacer bien las cosas cuando se trabaja sobre lo hecho por otro».

Pero Caracas también ofrece una música distinta a la de su conflictivo orden social. Bajo el manto trepidante de la ciudad-manicomio se esconde otra ciudad de características menos explícitas pero no por ello menos perversas. Si descendemos las escalinatas como un Dante o un Orfeo hacia el encuentro de las profundas oscuridades, si hacemos el viaje inverso y hurgamus en los hornos subterráneos donde se cuece la ciudad, de inmediato la sorpresa nos invade. Como una especie de Dr. Jekyll y Mr. Hyde, Caracas ofrece una otredad inesperada: la ciudad paralela que conforma el Metro subterráneo se despliega como aséptico y fantástico lugar donde la perfección parece haber hecho nido, donde todo es orden, medida y obediencia, donde el único sonido permitido es el silbido que produce el vagón-bólide rampante al pasar a toda velocidad frente a los andenes. En este singular espacio de modernidad podemos calibrar la esquizoide y humorística estructura psicosocial del caraqueño, que prefiere ocultar el orden en subterráneas bodegas, y exhibir sus despelotes y revoltijos a plena luz. Cuando París o Nueva York revelan sus tesoros en la superficie y dejan para el subsuelo la ignominia de las cañerías y del transporte siniestro, Caracas toma el camino contrario y coloca su paraíso en el lugar del *infernno*, y airea sus miserias en la superficie. En el fondo se trata (más allá de las negligencias previsibles del funcionariado) de una opción estética donde la inversión y la subversión se afincan como pivotes y paradigmas, de forma de establecer un juego de oscilaciones desquiciantes, donde el signo negativo, la vuelta, el «otro sentido» motorizan las preferencias estéticas y, por consiguiente, proponen un tipo de orden más familiarizado al juego de las inquietudes, las perplejidades y los dobles sentidos, siempre en oposición dialógica y dialéctica a la visión monologante de la ciudad racionalizada. Entre el suelo y el subsuelo, entre el orden y el desorden pendula Caracas bruscamente; salta, como después de beber una pócima siniestra, de una Arcadia a un pandemónium, y es en este salto donde podemos identificar su verdadera cualidad de urbe moderna que logra anidar (y anular) en sus espacios las trampas brutales y los criterios enfrentados.

Caracas es una ciudad fronteriza. En la época en que los piratas azotaban a placer las ciudades del Caribe, Caracas no necesitó de murallas que la protegieran, porque entre ella y el mar se alzaba y se alza una gigante masa montañosa que los poetas románticos quisieron confundir con un sultán enamorado y otras candideces por el estilo, a cuyos pies se rendía una espléndida odalisca, una virgen musulmana llamada Caracas. Primero fueron Abigail Lozano y Heriberto García de Quevedo, después vinieron Alfredo Gómez Jaime (Colombia) y José Antonio Pérez Bonalde, quienes metieron a Caracas y su emblemático cerro dentro de una desternillante